

# La Independencia postergada: colonialismo e indigenismo en el fin de siglo boliviano

**Jack Martínez Arias**  
Hamilton College

## Introducción

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX y como consecuencia de la Guerra del Pacífico (1879-1883), Chile se apropió de territorios de Bolivia y Perú, dejando a estos últimos en una crítica situación política, económica y social. El interés de Chile por esos territorios obedecía a que de ellos se extraía guano y salitre, productos que desde 1850 se habían convertido en recursos de vital importancia para las economías andinas, debido a su alta demanda como fertilizantes por parte del mercado inglés.

Tomando en cuenta la serie de reestructuraciones políticas y económicas que se hicieron necesarias tras la Guerra del Pacífico, es coherente comparar este momento con la Guerra de la Independencia, casi sesenta años antes, donde también surgieron promesas de reconstrucción e integración nacional. La finalización de ambos acontecimientos posibilita la creación de la ilusión de "otra fundación" (Irurozqui, 220) y, sin embargo, tanto después de 1821 como después de 1884, la promesa de una sociedad estructurada sobre la base de un modelo moderno no se llegará a concretar. En otras palabras, si después de la independencia existían taras coloniales en los Andes, después de la Guerra del Pacífico, también. Asimismo, respecto de las poblaciones relegadas, debemos decir que, en ambas propuestas de refundación nacional, el orden de la jerarquía social, económica y política no está en riesgo, pues el proyecto de nación "no apunta a emancipar a esa gente (subalternos) sino a legitimar su continua subordinación" (Pratt, 52).

En ese contexto de posguerra e incertidumbre económica y social, se publican dos novelas importantes en Bolivia. Nos referimos a *Huallparrimachi* (1894), de Lindaura Anzoátegui; y *Juan de la Rosa* (1885), de Nataniel Aguirre. Sin embargo, a pesar del contexto en donde estas aparecieron, ninguna de ellas se refiere directamente ni hace alusión explícita a la Guerra del Pacífico y sus numerosas consecuencias. A diferencia de ellas, sí encontraremos textos cronísticos que claman por una urgente reforma liberal. Las novelas, sin embargo, y de manera sintomática, se enfocan en un evento mucho más antiguo: las guerras de independencia. Una de las preguntas que surgen a partir de este detalle, entonces, es por qué ambos textos se remiten a un proceso ya culminado y no a los delicados acontecimientos de su tiempo. Este ensayo buscará identificar los puentes ideológicos que comunican un contexto como el de fin de siglo con otro anterior como el de la Independencia. Uno de esos vínculos, acaso el más importante para los propósitos de este trabajo, es aquel en el que surge las ansias por incluir a la población indígena en la idea de una nación moderna y unificada. Sin embargo, a través del análisis

de las novelas, que serán leídas en conversación con textos cronísticos influyentes de la época como los escritos de Modesto Omiste, se develará las aporías de estos discursos reivindicatorios. Este estudio dejará entrever que, en realidad, en la imagen de nación que se puede interpretar por medio de la lectura detenida de estos textos novelísticos y cronísticos, no hay lugar para la inclusión de los indígenas. Tomando en cuenta esto, el presente estudio concluirá señalando las evidencias textuales que nos permiten distinguir la continuidad de un pensamiento colonial en los proyectos nacionales que, en la superficie, se presentaban como modernos e independientes.

## **Borrando a los indígenas de la Independencia**

A pesar del paralelo relativo marcado en los párrafos previos, es necesario apuntar que, a diferencia de las campañas independentistas, la Guerra contra Chile no fue triunfal, sino todo lo contrario. Entonces, es preciso señalar que ambos eventos, aunque en esencia podrían constituir una nueva oportunidad de fundación nacional, surgen a partir de perspectivas opuestas: desde una perspectiva triunfalista, para el caso de la Independencia; y desde una perspectiva derrotista, para el caso de la Guerra del Pacífico.

Es bajo esta premisa que se debe leer la novela de Nataniel Aguirre, *Juan de la Rosa. El último soldado de la independencia* (1885), considerada una obra fundacional por la crítica (Cornejo Polar, Rodríguez, Unzueta)<sup>1</sup>. En esta novela, el narrador es un anciano sobreviviente de las guerras de Independencia y nos cuenta la historia de su niñez. Con un tono didáctico, como si se estuviera dirigiendo a un público que necesitara saber más de la historia de su país, Juan habla de cómo fue testigo de los conflictos bélicos de su época, entre 1810 y 1811. Juan, hijo de una mujer de ascendencia indígena y española, no conoce a su padre y se cría bajo la tutela de un cura. Juan reflexiona acerca de las ambiciones de la Corona española, también hace una autocrítica de su propia cultura, y finalmente se prepara para defender la liberación de su pueblo.

Ahora, tomando en cuenta el contexto histórico en el que esta novela fue publicada –un período de posguerra–, sostenemos que, al referirse a una independencia obtenida en el pasado, la novela también está haciendo referencia implícita a la urgente necesidad de refundar nuevamente la nación del presente (1885). Es decir, si por un lado esta novela fundacional se puede leer como un “proyecto de ruptura con el gobierno colonial español”, como señala Paz Soldán en el prólogo de esta (xiii), por otro lado, en una interpretación más acorde con el contexto histórico en el que se publica, esta también se puede leer como el llamamiento para fortalecer el patriotismo de los ciudadanos bolivianos tras la inapelable derrota en la Guerra del Pacífico. Patriotismo que, según el mismo Nataniel Aguirre, estaría muy debilitado debido a las circunstancias acaecidas. Así, por ejemplo, se entienden algunas

---

<sup>1</sup> Los programas oficiales de educación de Bolivia incorporaron a esta novela, “al considerar que su relación con la historia la convertía en el origen de la novela boliviana” (Paz Soldán, xii). Al mismo tiempo, desde inicios del siglo XX, la crítica ha considerado a *Juan de la Rosa* como una de “las mejores novelas de América, no solo de su tiempo, sino también de ahora. En nuestra literatura, Aguirre es un clásico a pesar de su escasa producción” (Guzmán, 92).

citas del novelista como la siguiente: “no debo extrañar de ningún modo que la juventud de mi país no comprenda hasta qué punto llegaban el odio a la dominación (durante las guerras de independencia) y el delirio de amor por la patria que comenzaba a nacer tan llena de promesas no realizadas todavía” (Aguirre, 158). Se trata de un reclamo dirigido a una juventud que, ya hacia la segunda mitad del siglo XIX, no estaría totalmente comprometida con el desarrollo ni la defensa de la nación, acaso porque esta no es consciente de las grandes batallas que se libraron para lograr su independencia, muchas décadas atrás.

Entonces es preciso señalar que novelas de independencia como *Juan de la Rosa* trataban de “mostrar el momento en que el espíritu independentista comenzó a desvirtuarse” (Irurozqui, 219) para evidenciar la necesidad de una recuperación del sentido patriótico en un contexto de posguerra como el de las décadas de 1880 y 1890. Así se entiende que la historia novelada de Juan de la Rosa esté plagada de actos heroicos en defensa de una idea de patria independiente.

Asimismo, la independencia que se representa en esta novela parece apuntar directamente a la modificación, aparentemente tardía, del sistema económico y político que, durante la Colonia, rigió en territorio boliviano. A propósito de esto, el crítico boliviano Guillermo Lora escribió acerca de *Juan de la Rosa*: “Las ideas políticas del autor y la intención de la novela son manifiestamente antifeudales y antimonárquicas” (Lora, 188). Pero además de ello podemos también inferir, en un segundo nivel de lectura que toma en cuenta el contexto histórico en el que apareció esta novela (1885), que ante la situación política y económica de un país devastado, *Juan de la Rosa* representaría también una propuesta de refundación que se ejecutaría sobre la base de un régimen económico liberal. Señalo esto último a la luz de los aportes del propio Guillermo Lora, quien ha señalado que no es casual que esta novela haya sido escrita en 1884, pues Nathaniel Aguirre era parte de una oligarquía que, inmediatamente después de la guerra, condujo a Bolivia a una etapa de relativa estabilidad política y económica, “en esa etapa se formó el liberalismo, que llegó al poder después del tremendo sacudimiento revolucionario de fines del siglo XIX” (Lora, 210).

Con todo ello, no deja de llamar la atención, sin embargo, que la novela más importante de fin de siglo en Bolivia, escrita y publicada en plena Guerra del Pacífico, no haga ninguna referencia explícita o directa a este evento. Lo único que podemos colegir de ella son interpretaciones sobre la base de su contexto histórico. Respecto de esta nula mención a un hecho histórico tan determinante como el de la Guerra con Chile, Antonio Guzmán, en su *Historia de la novela boliviana*, señala lo siguiente:

Las guerras del Pacífico y del Acre sucedieron en época y forma tales que no influyeron mayormente en la cultura si nos atenemos a las producciones literarias que debieron ser su consecuencia. Su resonancia fue política, pero la cultura, todavía ausente de todo concepto cíclico, no captó aquellos acontecimientos que han pasado a la historia como episodios esquemáticos y meramente externos de

la campaña militar. Quedó yacente en el olvido todo el material de experiencias que pudo haber popularizado el arte (Guzmán, 185).

La literatura decimonónica boliviana, entonces, parece estar divorciada de su propio presente. No hace mención directa al desastre bélico que golpeó a su sociedad. Pero no solo se trata de la literatura. Como señala Guzmán, esta ausencia de la representación explícita de la Guerra del Pacífico no es exclusiva de libros como los de *Juan de la Rosa*, sino que se evidencia también en otras expresiones estéticas.

En esa línea, y para seguir explorando en la narrativa decimonónica de Bolivia, es preciso señalar que algo similar a lo que ocurre en el desarrollo de *Juan de la Rosa* también sucede con otra de las novelas bolivianas fundacionales de fin de siglo. Me refiero a *Huallparrimachi* (1894), novela escrita por Lindaura Anzoátegui de Campero. La autora, además de ser una intelectual reconocida en el circuito literario boliviano, fue esposa de Narciso Campero, Presidente de Bolivia en pleno conflicto bélico (1880-1884). Así, la principal escritora boliviana de fines del siglo XIX está en el centro del poder político durante la Guerra del Pacífico y es precisamente por eso que sorprende que, en sus escritos, este conflicto de grandes consecuencias tampoco fuera mencionado. Por el contrario, su libro más difundido, *Huallparrimachi*, al igual que *Juan de la Rosa* de Aguirre, se enfoca también en los eventos históricos de la independencia. A propósito de la relevancia de ambas novelas y su importancia en la tradición literaria boliviana, Enrique Finot no duda en señalar lo siguiente: "No hay exageración en afirmar que *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre y *Huallparrimachi* son las dos únicas novelas realmente bolivianas escritas en Bolivia y por autores bolivianos durante el siglo XIX" (198). Se trata, pues, de dos de los más destacados libros decimonónicos producidos en la Bolivia de fin de siglo.

La historia de *Huallparrimachi* (1894) la cuenta un narrador omnisciente que está explícitamente a favor de la causa independentista de Bolivia. En cuanto a la anécdota que se narra, esta gira en torno a una trágica historia de amor entre Blanca, una joven criolla e hija de un adinerado hacendado y el protagonista, Juan Huallparrimachi, un mestizo noble. Aquí se debe destacar que, respecto del origen étnico del protagonista, el narrador de la historia, al inicio de la novela, cita a un intelectual reconocido de su época para dotar de mayor verosimilitud a sus aseveraciones y enfatizar la raíz incaica de los antepasados de Juan Huallparrimachi:

El Sr. Octavio Moscoso en sus estimables *Apuntes Biográficos de los Protomártires de la guerra de la Independencia del Alto Perú (hoy Bolivia)* dice que Juan, conocido con el nombre de Huallparrimachi, que eligió por cariño en memoria de uno de sus antepasados, pertenecía por su madre a la extirpe de los Incas y a la de los reyes de España por su padre, el célebre caudillo D. Manuel Asencio Padilla (1).

Lo que resulta interesante es que en el contexto bélico de las luchas de independencia en el que se enmarca la novela, la figura étnica de Juan

Huallparrimachi sea concebida de forma distinta por cada uno de los bandos enfrentados. Por un lado, como se ve en la cita anterior, el narrador de la novela lo considera un mestizo de ascendencia indígena noble, pero por otro lado, el padre de Blanca, hacendado español y defensor de la causa realista, lo desprecia por su origen étnico. Para el hacendado, Juan Huallparrimachi no es merecedor del amor de Blanca, pues este es considerado como “un indio insignificante” (11). Por ejemplo, en una conversación con Blanca hacia la primera parte de la novela, el hacendado pronuncia lo siguiente: “Si he soportado ¿lo entiendes?, nada más que soportado el atrevido amor del indio, es porque así convenía a mi situación y a mis proyectos” (11). Es decir, el padre de Blanca aceptó la relación entre Huallparrimachi y su hija mientras los ejércitos independentistas eran una constante amenaza para él y sus negocios, pero cuando las tropas realistas se acercan al pueblo, el hacendado no duda en mostrar su desprecio hacia Huallparrimachi y su rechazo a la relación que este y su hija pretenden entablar. En realidad, entonces, el hacendado cree que Huallparrimachi pertenece a un grupo étnico inferior al europeo y, por tanto, no está a la altura del amor de su heredera.

A su vez, desde las filas independentistas sucede todo lo contrario. Cuando el general La Madrid se topa por primera vez con Huallparrimachi, no se refiere a este con desprecio, sino que le muestra sus respetos y lo trata como a un noble inca: “Ya sé quién eres, y la consideración que mereces por tu noble estirpe, dijo al mancebo. Te pido mil perdones con la descortesía con que te recibí” (22). Además, La Madrid apunta, enfáticamente, que Huallparrimachi es el Inca que los soldados independentistas están buscando, ese inca que –si seguimos las ideas de Flores Galindo en *Buscando a un inca*– se habría convertido en la figura que guía todos los intentos andinos de revolución. Por ello, cuando Huallparrimachi le dice que luchará junto a él, La Madrid no oculta su entusiasmo y pronuncia lo siguiente:

Gracias muchacho, y yo no tardaré en probarte de una manera sorprendente, la amistad que has sabido inspirarme... Qué sorpresa tan grata voy a dar al General Belgrano y a otros personajes importantes que piensan como él con la noticia del descubrimiento del Inca que ellos se desviven por hallar... ¡y yo lo tengo a la mano! (23).

Sin embargo, aunque Huallparrimachi fue considerado un guerrero inca por parte del ejército independentista, y aunque este parecía estar del todo comprometido con la causa, hacia el final de la novela se percibirá que Huallparrimachi estará más interesado en el amor que profesa por Blanca que por la liberación de su patria. Entre el amor y la revolución, Juan Huallparrimachi elige el amor. Esto se entiende si tomamos en cuenta las convenciones novelísticas románticas de la época. Pero al mismo tiempo, la desertión del héroe entra en conflicto con el discurso patriótico que, se supone, se busca difundir en esta novela. Aquí se presenta la figura del amante que deja de lado las armas para intentar salvar su relación. El héroe de esta novela es aquel que prefiere optar por la posibilidad de mantenerse vivo (y no morir en batalla) para llevar a cabo la formación de una familia junto a la mujer que ama. No se trata, por tanto, de un héroe que muere por su patria, sino de uno que opta por la vida. Así se entiende que la cita

en la que Juan Huallparrimachi reaparece frente a Blanca: "Y bien, isea!, dijo Juan con amarga resolución. Pasaré por cobarde o traidor ante los míos pero tu amor... ¡Tu amor nos recompensa!" (45).

Como he señalado, Juan Huallparrimachi abandona el campo de batalla para ir en busca de su amada. Sin embargo, como también sucede en muchas de las novelas fundacionales decimonónicas en Latinoamérica, el amor de los protagonistas resulta finalmente trágico y no llega a consolidarse. Una vez que Huallparrimachi llega hasta la casa de Blanca, ambos amantes se encuentran clandestinamente en la habitación de la muchacha. El padre de Blanca llega a descubrirlos juntos en ese lugar, en su propia casa, se sorprende, pero no duda en tomar una decisión fatal. El hacendado asesina a disparos a Juan Huallparrimachi.

Lo que resulta interesante de esta escena final es que esta nos permite leer, mediante el desarrollo de las acciones, que aun cuando el narrador se esmere en reivindicar al protagonista de ascendencia indígena noble desde la primera página, lo que sucede en el desenlace es, precisamente, lo contrario, es decir, la humillación y ejecución del personaje principal. Además, es necesario recalcar que quien asesina a Juan Huallparrimachi es un hacendado español que se autodenomina superior, tanto desde una perspectiva étnica como desde una socioeconómica. Así tenemos que en *Huallparrimachi* no triunfa el héroe de sangre indígena. Resalto esto último porque considero que así se evidencian los vacíos y contradicciones de un discurso intelectual de la época que, como en el caso de Anzoátegui, señalaban que la ruptura con la Corona de España representaba una oportunidad para cambiar, entre muchas otras cosas, el sistema socioeconómico colonial por uno moderno, donde el indígena no sería más el elemento explotado sino, más bien, se convertiría en el primer reivindicado.

Bajo estas premisas, entonces, tenemos que el padre de Blanca es un representante y defensor del régimen colonial en la novela, mientras que, por otro lado, el aprecio y estima que expresa La Madrid por Huallparrimachi, se debe a que aquel es el representante de los luchadores activos de la causa independentista que, en apariencia, reivindicaría al indígena. Por supuesto, estas promesas de la independencia no se llegaron a cumplir y el sistema económico de la Bolivia republicana seguía teniendo, en los indios, a una mano de obra explotada y subalterna. Pero esto no solo se puede leer por medio de la trama de *Huallparrimachi*, sino también a través de lo que sucede en la otra novela fundacional de Bolivia a la que nos referimos párrafos atrás: *Juan de la Rosa, el último soldado de la independencia*. En esa novela, según Rosario Rodríguez Márquez, se construye la siguiente imagen de nación:

Una concepción de nación boliviana como una nación mestiza con antecedentes indígenas, claro, pero que en última instancia no integra a los indios como sujetos sociales efectivos, ni sus organizaciones, ni sus valores, ni su cultura. Esta estrategia (la de la novela) los evoca, conmemora y hasta parece valorarlos, pero los sepulta, conjura y neutraliza definitivamente al irlos usando, cara a la nueva nación, como una herramienta eficaz más de

su denuncia y sustracción del sistema colonial español, acusación que es lo que la obra privilegia desde diferentes ámbitos, entre otras cosas, para justificar y respaldar los movimientos independentistas y la justeza de sus aspiraciones (85).

Así, podemos señalar que ninguna de las dos novelas fundacionales de Bolivia representa un real afán integrador de los estamentos socioeconómicos bolivianos con miras a la construcción de una nación más compacta e igualitaria.

### **El invariable lugar del indígena**

Hasta ahora me he referido a las novelas fundacionales donde las continuidades de un sistema colonial se hacen evidentes. Estas novelas, sin embargo, solo parecen enfocarse en el pasado: las guerras de Independencia; no apuntan hacia el futuro, las tramas no representan ni imaginan la vida de una nación postconflicto. No se ocupan, por tanto, del día a día de una nación que, después de lograr su independencia (y, décadas más tarde, después de la guerra con Chile), se va construyendo (o reconstruyendo).

Al no narrar su presente ni proyectar el futuro nacional, por tanto, estas novelas cierran toda posibilidad a la representación de un país que apunta a ser moderno. En ese sentido, y tomando en cuenta que la base fundamental de la economía de Bolivia después de la guerra es la minería, la representación de esa industria también parecería ser inevitable para cualquier proyecto fundacional, sobre todo si se toma en cuenta que es precisamente en las dinámicas laborales de esa industria donde los intelectuales podrían encontrar y denunciar las continuidades del sistema colonial que tanto parece afectarles.

Pero no solo es sintomático que ni las novelas fundacionales ni otras publicaciones importantes del fin de siglo se ocuparan de la minería para criticar los lastres coloniales de la misma, sino que lo más llamativo es que estas no se ocuparan de una industria que se asoma como la única esperanza del resurgimiento financiero de Bolivia hacia finales del siglo XIX. Es decir, si una actividad económica podía proveer las bases para la reconstrucción nacional, esta era la minería. Sin embargo, los intelectuales liberales prefieren omitir las representaciones de aquella, así como prefirieron omitir también un suceso tan determinante en su historia como la Guerra del Pacífico. En ese sentido, la novelística fundacional boliviana, paradójicamente, no dice nada de las propuestas económicas concretas de refundación. Por tanto, tampoco se refieren a la situación de los trabajadores indígenas en medio de los procesos históricos de modernización. Ante esa ausencia, otras expresiones culturales de la época son las que asumirán estas tareas.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, la economía boliviana sobrevivió debido al alza global de los precios de los metales. La minería durante la época republicana, "fue un sector, como en la época colonial, que permitió a la economía boliviana una inserción más profunda en el mercado internacional" (Bonilla, 133), convirtiendo a Bolivia en el mayor productor mundial de plata. Aquí es importante recordar que, mientras en la Colonia los minerales eran

enviados a España, después de la independencia son los mercados ingleses, primero, y norteamericanos, después, los principales destinatarios de los recursos minerales andinos (Tandeter, 223).

Sin embargo, aunque los mercados a los que se exportaba el mineral habían cambiado y aunque muchos de los capitales que se invertían en las minas bolivianas también eran diferentes a los de la Colonia, durante el siglo XIX, la situación de los mineros indígenas que constituían la base de esta producción estaban todavía muy lejos de ser siquiera aceptable o coherente respecto de los procesos económicos modernizadores que las élites buscaban promover.

Por tanto, ni el discurso liberal y modernizador estatal ni el intelectual tomaban en cuenta la verdadera situación de los mineros indígenas. Sostengo que estos discursos se ocupaban de proyectar una optimista imagen de la nación, donde no convenía evidenciar las taras coloniales que subsistían. Las élites, por tanto, parecían estar ocupadas en soñar con la construcción de un país moderno y desarrollado y no abrían los ojos para ver las consecuencias que ese proceso aparentemente modernizador arrastraba consigo.

En el libro *Capital Fictions*, Ericka Beckman ha explorado algunos discursos intelectuales y económicos latinoamericanos del siglo XIX y ha concluido que, en los proyectos de las élites, lo que se percibe es lo que ella llama un *export reveire*. En los influyentes ensayos de la época, los intelectuales señalaban que, practicando una dinámica de exportación de recursos naturales y minerales, países como Bolivia *were on the cusp of becoming rich beyond their wildest imaginations* (x); así también, eran justamente los letrados los principales gestores de las reformas liberales en Latinoamérica desde 1870 en adelante (Beckman xx). Es ejecutando muchas de esas propuestas que los países latinoamericanos entraron en una etapa de privatizaciones donde el mercado libre aparecía como la promesa segura para lograr un rápido desarrollo económico nacional. Quienes se encargaban de imaginar estas naciones de futuras riquezas incalculables, por tanto, eran los intelectuales, pues, al decir de Beckman, *lettered elites had to conjure wealth as an idea before it might materialize on the ground* (8). Y es en este futuro soñado donde, una vez más, tal como ocurrió con las tardías ficciones en torno a la independencia, se promete la inclusión de los indígenas en la idea de nación:

*Specialized commodity production for the global market promised to create widespread prosperity, self-sustaining progress and modernity, and, at least in its most utopian democratic incarnations, it also pledged to incorporate excluded masses (particularly indigenous people) as citizens of the nation state* (8).

La promesa de una prosperidad sin precedentes mediante el recibimiento de capitales extranjeros y la exportación de recursos naturales y minerales, entonces, parece muy convincente, pero, al mismo tiempo, imposible de realizarse. Pasaron las décadas siguiendo este modelo liberal en Bolivia y al ver la situación económica nacional, la pregunta siguió siendo la misma:



*How might a region so rich in commodity wealth be so poor?* (Beckman, 84). Parte de la respuesta a esta interrogante la podemos encontrar en la forma en que países andinos como Bolivia y Perú se insertaron en la dinámica capitalista global en el siglo XIX, dinámica cuya hegemonía recae en los países que en aquel tiempo podrían tildarse de imperialistas, dinámica en la que los países latinoamericanos se convirtieron en meros enclaves y fuentes de materia prima para la industria del primer mundo.

A pesar de las promesas de alcanzar la modernidad por medio de la explotación de minerales y, sobre todo, a pesar de las constantes promesas de inclusión de las masas indígenas en esa nueva nación que soñaba con ser desarrollada, lo que hemos visto es que, para el caso boliviano, la élite gobernante permaneció siendo, luego de la independencia, básicamente la misma que en la era de la Colonia. Y, en esa misma línea, también tenemos que luego de la Guerra del Pacífico, el sistema económico, político y social tampoco varió demasiado respecto de la explotación de las poblaciones indígenas. Porque la élite boliviana que tomó el poder y tuvo en sus manos la tarea de reconstruir la nación luego de la Guerra del Pacífico, solo ejecutó los cambios modernizadores que favorecieron a su clase: "De ahí que esta modernidad del siglo XIX puede ser considerada una 'Modernidad Oligárquica' que, a diferencia de la europea, se mostraba más reticente a otorgar concesiones a los sectores populares" (Llanos Reyes, 102). Esta etapa oligárquica también coincidió con la primera fase de las economías procapitalistas que, durante el siglo XIX, se desarrolló en varios países latinoamericanos que se habían declarado independientes (Cueva 144). Sin embargo, para el caso boliviano, esta etapa oligárquica no solo fue la inicial, sino que se estableció como la predominante (Orellana Aillón, 262).

Asimismo, tenemos que una de las principales continuidades del modelo colonial que se puede registrar en la república oligárquica boliviana es la preponderante importancia de la extracción y exportación de minerales en Bolivia, pues estas siguieron constituyendo la principal actividad económica del país<sup>2</sup>. De la misma forma, las condiciones de trabajo de los mineros continuaban siendo precarias y altamente riesgosas. En lo que las élites intelectuales sí parecían estar muy preocupadas era en el desarrollo de la infraestructura y la tecnología para la explotación y transporte de los minerales, pues con relación a los países desarrollados, era precaria, y esto traía como consecuencia una rentabilidad menor para los empresarios que decidían invertir en esta incipiente industria.

Al no contar con una infraestructura moderna, tanto en las vías de transporte como en el trabajo dentro de los propios socavones, la explotación recayó con mayor fuerza sobre los mineros, quienes, al no contar ni con los implementos ni las herramientas ideales, debían hacer labores más sacrificadas todavía. De la misma manera, esta precaria forma de trabajo no resultaba del todo eficiente para los inversionistas mineros. Frente a este panorama,

---

<sup>2</sup> Antonio Mitre ha encontrado que, desde finalizada la Colonia y hasta las décadas finales del siglo XIX, los precios de los metales en el mercado internacional se mantuvieron altos y estables. De esta manera, la exportación de minerales representaba ingresos cuantiosos para las arcas del estado boliviano (Mitre, 180).

los intelectuales liberales, más preocupados por la mejora de la situación económica de los inversores capitalistas que por la situación de los mineros explotados, no tardaron en reclamar la colaboración del Estado para apoyar, facilitar y promover la tecnificación de la minería boliviana.

Pero la modernización no solo debía ser tecnológica, sino también logística, legal y administrativa. Así tenemos, por ejemplo, la crítica que el periodista, escritor y político boliviano Modesto Omiste hace del sistema de trabajo que se practicaba en las últimas décadas del siglo XIX. Refiriéndose a la llamada "mita" de la época (donde el obrero ingresaba al socavón por treinta y seis horas seguidas a cambio de un salario modesto), Omiste señala que esta constituye un sistema fallido, pues en él, el empresario capitalista estaría perdiendo dinero. Y a cambio, propone un régimen laboral más rentable, acorde con los tiempos modernos que se viven en Europa:

Con mucha razón se han sorprendido los ingenieros ingleses. En todas las minas de Europa, el barretero no trabaja más de ocho a diez horas seguidas por día, porque está probado que un hombre que trabaja debidamente, no puede hacer más (...). De aquí resulta que el barretero que entra a la mina por espacio de 36 horas, no trabaja en realidad sino diez horas y que, las tres mitas que gana, son puramente nominales. La consecuencia lógica de este hecho es que los empresarios, en cualquier obra, gastan dos veces más de lo que en justicia vale el trabajo de la gente obrera (*Crónicas Potosinas*, Omiste, 229).

Llama poderosamente la atención que Omiste no condene este sistema por la explotación infrahumana al que es sometido un obrero instalado dentro de una mina durante treinta y seis horas seguidas, sino que, al contrario, condene la poca eficiencia de aquellos y, con ello, las pérdidas cuantiosas de dinero que esta forma de trabajo causa en los empresarios capitalistas. En otras palabras, Omiste confiaba en la reestructuración del sistema laboral bajo un régimen legal moderno y acorde a una sociedad que apuntaba a ser más ordenada y supuestamente democrática, sin embargo, la desigualdad social que el discurso pasa por alto es evidente. Recordemos que la democracia boliviana, como la de muchos países latinoamericanos en el siglo XIX, "fue entendida como sinónimo de ley, orden, estabilidad, moral y progreso, fruto de la razón y generadora de espíritu público" (Irurozqui, 220). Por supuesto, este discurso parece no hacer distinciones entre los ciudadanos. Es más, parece basarse, justamente, en propuestas de igualdad. Sin embargo, en la práctica, los estudios históricos señalan que los obreros andinos, indígenas en su gran mayoría, eran excluidos de los beneficios de esta supuesta democracia. Por tanto, la diferencia entre el discurso liberal de Omiste y lo que sucede realmente en los socavones se hace evidente. Los trabajadores mineros, bajo un régimen modernizador, deberían ser idealmente integrados en la idea de nación, pero lo que sucede, al contrario, es que sigue siendo explotado de forma semicolonial y, aun cuando se quiere establecer otro régimen laboral moderno, este obedece a la búsqueda de un mayor beneficio de los empresarios mineros, no ofrece ningún cambio esencial en la cadena de producción donde los obreros siguen constituyendo la mano de obra esencial

pero, al mismo tiempo, siguen siendo considerados como seres inferiores cuyos derechos no podrían igualarse con los de las élites nacionales. En ese sentido, el discurso igualitario se convierte en uno vacío y las poblaciones indígenas, ya sea bajo el régimen colonial o republicano, permanecerán *in a subordinate position* respecto de las clases dominantes (Langer, 527). El deseo modernizador, entonces, no pretende un cambio radical en la estructura jerárquica de los sistemas de explotación colonial, sino, simplemente, una reestructuración donde los explotados seguirán siendo explotados, aunque bajo algunas reformas.

Vale la pena volver a apuntar que los discursos novelísticos protoindigenistas más importantes de Bolivia, como *Juan de la Rosa* y *Huallparrimachi*, no hacen ninguna referencia a las publicaciones contemporáneas, tampoco imaginan cómo se construiría la nación, bajo qué sistema económico, sobre qué industria. Por supuesto, al no referirse a nada de eso, queda de lado cualquier reflexión sobre la industria minera y con ello, tampoco se habla de la forma masiva de explotación de los mineros en un sistema aparentemente igualitario y democrático. A cambio, lo que estas novelas ejecutan es un retroceso drástico en el tiempo para referirse a las luchas de la independencia. Sin embargo, consideramos que las omisiones arriba repetidas no son menores, pues una novela boliviana decimonónica de preocupaciones indigenistas como las anteriormente citadas –aun contextualizadas en la Colonia– tendría que pasar, necesariamente, por la situación calamitosa de los millones de obreros indígenas que han padecido en las minas desde el momento mismo de la Conquista. En un contexto como el boliviano de fin de siglo, donde la mayoría de indígenas ha pasado por las minas, una novela indigenista y fundacional tendría que referirse a esa situación. Al respecto, en *La ausencia de la novela minera* Guillermo Lora se refiere a todo esto en los siguientes términos:

Durante los siglos XIX y XX, Bolivia se estremece al unísono con sus minas, se nutre de ellas y las sigue en sus convulsiones. Pero esta realidad, dramática en extremo, no se refleja en nuestra literatura. La novela con temática minera aparece bastante tarde, vencida la primera década del siglo XX, a pesar de que gran parte de la población ya pasó por el calvario de las minas (84).

Lora describe, pero no se refiere al porqué de esa omisión. En ese sentido, considero que las palabras de Modesto Omiste, citadas líneas arriba, pueden darnos una clara pista para responder a esta cuestión. Después de la Guerra del Pacífico, los intelectuales más importantes en Bolivia hacia fines del siglo XIX promovieron un modelo liberal basado en la modernización tecnológica y la optimización en el uso de la mano de obra, así como en la atracción de capitales nacionales y extranjeros para la explotación de recursos naturales –especialmente minerales– y la exportación de los mismos en los mercados europeos y norteamericanos. La prioridad, en ese contexto, parecía estar puesta en las ventajas financieras que esta aclamada modernización podría proveer en un primer momento. Entonces, la promesa de un país que saldría de la pobreza gracias a estas innovaciones y a sus recursos minerales no podía ser compatible con la hipotética representación novelística de las

penurias que soportaban muchos de los obreros mineros de la época. Por tanto, es pertinente proponer que esa es la razón por la que ese tipo de novelas no se escribió en la narrativa canónica de fin de siglo, al contrario, en esa narrativa se privilegiaba la promoción e ilusión de contar con un país moderno y autosuficiente (de ahí las representaciones novelísticas de las épicas independentistas, donde se lograría la supuesta libertad económica y política) y en vías de desarrollo, antes de retratar las continuidades de un sistema desfasado que sobrevivía, enraizado, en las dinámicas de producción de los Andes aún hacia finales del siglo XIX.

## Los indígenas en las crónicas de Potosí

Pero si las novelas no han representado la actualidad económica y social de su tiempo hacia finales del siglo XIX, sí encontramos esos tópicos en otros géneros narrativos como en las crónicas periodísticas. Aquí es necesario resaltar la importancia de los textos periodísticos en la formación de la idea de nación en los lectores, pues así como Julio Ramos señala, apoyándose en Benedict Anderson, "El periodismo produce un público en el cual se basan, inicialmente, las imágenes de la nación emergente" (93).

En ese sentido, aunque la crónica es considerada un género menor en la época, Julio Ramos señala que se trata de una práctica sintomática de un tiempo de cambio permanente en Latinoamérica, un tiempo en el que no hay espacio para "obras permanentes" (113), sino más bien un tiempo en el que se abren las posibilidades para escribir textos que surgen "de la misma fragmentación moderna" y que "constituían un medio adecuado para la reflexión sobre el cambio" (113). De esta manera, en la perspectiva de Ramos, la crónica habla de las posibilidades de cambio dirigidas a sujetos deseantes de modernidad. En esas representaciones, además, esos cambios que podrían ser temidos por su aparente radicalidad son mostrados de una manera menos agresiva y más acogedora: "La estilización en la crónica transforma los signos amenazantes del "progreso" y la modernidad en un espectáculo pintoresco, estetizado" (114). En ese sentido, estas crónicas sí imaginaban la nación como un espacio posible y cercano donde la modernidad idealizada y no contradictoria llegaría a establecerse para el beneficio de todos los bolivianos.

Para comenzar con esa tarea de imaginar una nación boliviana reconstruida, moderna e inclusiva, Modesto Omiste, que como comentamos previamente era un intelectual influyente de su época, pregonaba que el proyecto de nación debía tener como premisa fundamental la educación de las mayorías populares. Él mismo, como periodista y político, pero sobre todo como dueño de la imprenta más poderosa de Potosí, se encargó de divulgar esta ideología entre sus lectores:

En su imprenta de *El Tiempo*, editó cuanto libro de texto se precisaba; él mismo escribió muchos; conjuncionando a sus colegas, publicó la Monografía de Potosí, la primera del País; recogió las dispersas Tradiciones Potosinas. A no haber mediado su diligencia, hoy estarían perdidas (Medinaceli, 177).

Además de los libros que editaba, Omiste también dirigía un periódico llamado –al igual que su imprenta– *El Tiempo*<sup>3</sup>. Desde allí promovía la idea de una urgencia por reestructurar el sistema educativo boliviano. Abocado a esa tarea, escribe el “Informe que la Delegación del Departamento de Potosí presenta al ilustre Consejo Universitario del Distrito, sobre el estado actual de la Instrucción Pública” (1871). Dicho informe hace énfasis en la mejora general de la educación para niños y jóvenes, pero cuando se refiere a la instrucción superior, Omiste es específico en señalar una falencia puntual que, desde su perspectiva, debe ser atendida inmediatamente: la creación de un Colegio Minero.

Así como sucede con Lindaura Anzoátegui, Modesto Omiste está cerca del poder político y por medio del periodismo impulsa la idea de una urgencia por educar a las masas. Lo que se lee en estas propuestas, sin embargo, es que estos intelectuales están promoviendo una educación meramente utilitaria, una que instruya a las masas respecto de su posición subalterna y de mano de obra manejable en la nueva nación que se pretende construir. Una educación que permita contar con obreros y técnicos capacitados en la extracción de recursos naturales. Todo esto se evidencia, por ejemplo, en la constante preocupación que muestra Omiste por la situación de la industria minera y el rol que esta –según él– debería cumplir en la nueva Bolivia, en esa nación que ha sido devastada por la Guerra del Pacífico. Así, en sus *Crónicas Potosinas*, se refiere de la siguiente manera a la situación en la que estuvo la minería tras otra gran guerra y de la cual no ha podido resurgir: “La guerra de la Independencia en la que se comprometió la América, en 1810, produjo resultados desastrosos para la industria minera del Alto Perú, dejando sin trabajo la mayor parte de las empresas mineralógicas...” (166). En esta cita es clara la principal razón del lamento de Omiste. El no se refiere a los obreros indígenas que se quedaron sin trabajo debido a esta crisis, sino a las pérdidas financieras de los empresarios mineros durante la guerra. Para Omiste, la solución pasaba por la rápida formalización y modernización de la industria minera, así como por la atracción e inyección de capitales extranjeros para su reactivación. El intelectual boliviano veía, en las posibles inversiones de Estados Unidos en su país, la oportunidad para “el enriquecimiento de los empresarios” y “la proverbial grandeza de la ciudad de Potosí y el bienestar económico de los países vecinos” (*Crónicas potosinas*, 167). Es sus crónicas, por tanto, Omiste no solo considera la figura de Estados Unidos como un modelo de nación, sino que también anhela la intervención económica de capitales norteamericanos en las empresas mineras de Bolivia. Asimismo, para reforzar la idea del beneficio económico que la explotación de minerales podría constituir en la formación de la nación boliviana por tiempo indeterminado, Omiste hace énfasis en la supuesta naturaleza inagotable de los recursos minerales. Para ello, sus crónicas se amparan en citas pseudocientíficas como la siguiente: “El geologista norteamericano Hitchcock –cita Omiste– dice que ‘El Cerro de Potosí se puede considerar como una masa completa de

---

<sup>3</sup> Además de la publicación de los libros del propio Modesto Omiste, la imprenta *El Tiempo* también se encargó de publicar a otros intelectuales liberales de la época. Entre ellos, la autora de *Huallparrimachi*. Omiste imprimió los siguientes libros de Lindaura Anzoátegui: *La madre* (1891), *La mujer nerviosa* (1891), *Luis* (1892), *Cómo se vive en mi pueblo* (1892), *Cuidado con los celos* (1893), *Huallparrimachi* (1894) y *En el año 1815* (1895).

metal'. Aunque esta aseveración parezca exagerada, no deja de tener algún fundamento" (*Crónicas potosinas*, 211). De esta manera, Omiste asegura que, con la debida inversión de capitales norteamericanos, Bolivia volverá a producir "cantidades ingentes de plata" (218) y "Potosí volvería a ocupar la atención del mundo entero por sus nuevas e inagotables riquezas" (223)<sup>4</sup>.

Asimismo, la propuesta para implementar una educación moderna y masiva en Bolivia iba acompañada, acorde con la ideología liberal de la época, de un modelo de hombre exitoso quien, mediante la educación y sus habilidades de liderazgo, alcanzaba sobresalir en la sociedad para guiarla hacia su crecimiento como nación. Nos estamos refiriendo a la figura del *self-made man* tan celebrada en el siglo XIX (Pendergast). Una de las encarnaciones de ese modelo norteamericano, desde la perspectiva de Omiste, fue el general Narciso Campero (Potosí, 1813-Sucre, 1896), esposo de la novelista Lindaura Anzoátegui, Presidente de Bolivia durante la Guerra del Pacífico, entre 1880 y 1884. Omiste le dedica una de sus crónicas históricas, donde resalta, en primer lugar, que Campero era un "Egregio ciudadano, cuya existencia se ha consagrado a la patria y nada más que a la patria" (*Obras completas*, 57). El escritor boliviano ve al nuevo héroe nacional en la imagen de un empresario y político exitoso, no en la de un militar que está dispuesto a entregar su vida en un campo de batalla.

Aunque Campero tuvo un paso por el ejército, lo que Omiste resalta en su texto es que aquel se haya graduado de abogado, viajado a Europa, donde "no perdió su tiempo" (60) porque continuó con su instrucción. Es decir, Campero representa al patriota que deja su país para perfeccionarse y luego volver y aportar al crecimiento de Bolivia, donde, según Omiste, "influyó poderosamente", siempre "al servicio de los grandes y bien entendidos intereses del país, de tal manera que su personalidad y su vida vienen ligadas, desde entonces, a la historia nacional" (60). Esta estrategia narrativa en la que Omiste equipara la historia personal de este *self-made man* a la "historia nacional" se ve aún más reforzada cuando el escritor boliviano se refiere al período en el que Campero asume la presidencia de su país. Recreando un espacio idílico y sin conflictos, Omiste asegura que Campero "fue proclamado y aceptado por todos los pueblos, sin discrepancia alguna, como Jefe Supremo de la Nación" (70). Con igual admiración, dice que durante su gobierno "satisfizo ampliamente las esperanzas del país", instauró "orden en el caos" producido por la Guerra del Pacífico, hizo "respetar su territorio y el honor de su bandera" (70). En la pluma de Omiste no hay espacio para las críticas, sino todo lo contrario, el retrato de un *self-made man* que se hace cargo de las riendas del país es perfecto, dejando entrever, de esta manera, que ese es el camino ideal, el rumbo que Bolivia debería seguir en adelante (esto es, desde 1880) para salir airoosamente de la crítica situación de posguerra y convertirse, aceleradamente, en un país moderno. Es esa la historia que construye Modesto Omiste por medio de sus múltiples plataformas de comunicación. Esa es la historia que cobraba forma en su imprenta, un relato

---

<sup>4</sup> Esta idea de recursos inagotables también se difunde en otros discursos andinos como en el caso peruano, donde intelectuales como Clorinda Matto de Turner dirigen importantes medios de comunicación que propagan la misma ilusión.

donde desaparece totalmente la explotación de los mineros indígenas que constituyen la base del sistema extractivo que Omiste estaría proponiendo. Una ficción donde un país andino, bajo el gobierno de un empresario "puro" y "patriota", podría alcanzar la bonanza económica, el desarrollo y la modernización. Una ficción, en suma, idílica pero basada en la omisión de las reales condiciones laborales que la supuesta modernidad social, económica y tecnológica estaría desencadenando en los territorios andinos.

## Reflexiones finales

Las novelas fundacionales bolivianas se refugian en el pasado, en las victorias de la Independencia, y prefieren omitir su presente: no se refieren a la derrota frente a Chile ni a los proyectos de reconstrucción nacional sobre la base de la explotación y exportación de recursos naturales. No es desde la novela sino desde la crónica que Modesto Omiste delinea el camino que sus contemporáneos deben seguir para consolidar una modernización económica y política nacional a partir de la industria minera como sustento financiero y a partir de la educación como elemento formador. Sin embargo, se puede rastrear una línea argumental tanto en las crónicas de Omiste como en las novelas de Aguirre y Anzoátegui. Todas estas producciones dicen, explícitamente, estar a favor de las clases subalternas, indígenas en su mayoría. En ese sentido, pueden ser consideradas protoindigenistas, pues dicen buscar la reivindicación de estos grupos, una reivindicación mediante la independencia para el caso de las novelas, o a través de la educación en el pensamiento de Modesto Omiste. Sin embargo, un análisis detallado de los textos revela que lo que sucede en los mismos no se condice con lo que se pregona. En *Juan de la Rosa* desaparece el elemento indígena en el proyecto de nación; en *Huallparrimachi*, el mestizo cae abatido por el hacendado español; en las crónicas de Omiste, la educación es importante para las clases subalternas, pero solo para educarlas en su rol dentro del sistema capitalista que se quiere construir, solo para educarlos en los oficios mineros y convertirlos en mano de obra eficiente.

Los indígenas son borrados de las novelas fundacionales y son concebidos como incapaces e ignorantes en las labores mineras en las crónicas de Omiste. Asimismo, las élites dominantes son las que llevan a cabo las luchas independentistas en las novelas fundacionales y son ellas, también, quienes, sesenta años después, hacia fin de siglo, dirigen el destino económico de la nación. Es, por supuesto, a favor de esta clase que se construyen estos discursos y es a favor de esta clase que se imagina la nación moderna.

## Obras citadas

- Aguirre, Nataniel. Juan de la Rosa. *Memorias del último soldado de la independencia*. 1885. Prol. Alba María Paz Soldán. Biblioteca Ayacucho, 2005.
- Anzoátegui de Campero, Lindaura. *Huallparrimachi*. 1892. Rolando Diez de Medina, 2003.
- Beckman, Ericka. *Capital Fictions. The Literature of Latin America's Export Age*. U of Minnesota Press, 2013.
- Bonilla, Heraclio. *Un Siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra*. Instituto de Estudios Peruanos, 1980.

- Castro-Klarén, Sara and Chasteen, John (Eds). *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Woodrow Wilson Center Press/ The Johns Hopkins UP, 2003.
- Cornejo Polar, Antonio. *Literatura y sociedad en el Perú: La novela indigenista*. Lasontay, 1980.
- Cueva, Agustín. *El desarrollo del capitalismo en América Latina. Ensayo de interpretación histórica*. Siglo XXI, 1977.
- Finot, Enrique. *Historia de la literatura boliviana*. Porrúa Hermanos, 1943.
- Flores Galindo, Alberto. *Obras Completas. Buscando a un Inca: identidad y utopía en los Andes. Tomo III*. Sur Casa de Estudios del Socialismo, 1988.
- Guzmán, Augusto. *Historia de la novela boliviana*. Revista México, 1938.
- Irurozqui, Marta. "'Democracia' en el siglo XIX: ideales y experimentaciones políticas: el caso Boliviano (1880-1899)". *Revista de Indias*, vol. 60, Nº 219, 2000, pp. 395-419.
- Langer, Erick. "Bringing the Economic Back In: Andean Indians and the Construction of Nation-State in Nineteenth-Century Bolivia". *Journal of Latin American Studies*, vol. 41, Nº 3, 2009, pp. 527-551.
- Llanos Reyes, Claudio. "Apuntes en torno a las representaciones de la modernidad capitalista durante el siglo XIX". *Utopía y praxis latinoamericana*, vol. 14, Nº 45, 2009, pp. 97-116.
- Lora, Guillermo. *Ausencia de la gran novela minera: análisis de un aspecto de la literatura social en Bolivia*. El Amauta, 1979.
- Medinaceli, Carlos. *La inactualidad de Alcides Arguedas*. Amigos del libro, 1972.
- Omiste, Modesto. *Crónicas potosinas*. El Tiempo, 1893.
- \_\_\_\_\_. *Obras escogidas*. Vol. 1. Prol. Carlos Medinaceli. Editorial del Estado, 1941.
- Orellana Aillón, Lorgio. "Oligarquía capitalista, régimen de acumulación y crisis política en Bolivia". *Nómadas*, Nº 25, 2006, pp. 261-272.
- Pendergast, Thomas. *Creating the Modern Man: American Magazines and Consumer Culture, 1900-1950*. University of Missouri, 2000.
- Pratt, Mary Louise. "Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 19, Nº 38, 1993, pp. 51-62.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. FCE, 1989.
- Unzueta, Fernando. "Género y sujetos nacionales: en torno a las novelas históricas de Lindaura Anzoátegui". *Revista Iberoamericana*, vol. 63, Nº 178/179, 1997, pp. 219-229.
- Rénique, José Luis. *Incendiar la pradera. Un ensayo sobre la revolución en el Perú*. La Siniestra, 2015.
- Rodríguez-Márquez, Rosario. "De Juan de la Rosa a Sara Chura". *Estudios bolivianos 13. El espacio urbano andino, escenario de reversiones y reinversiones del orden simbólico colonial*. IEB (UMSA), 2007, pp. 301-417.
- Sánchez Albornoz, Nicolás. *Indios y tributos en el Alto Perú*. IEP, 1978.
- Tandeter, Enrique. *Coercion and Market: Silver Mining in Colonial Potosi (1692-1826)*. U. of New Mexico, 1993.